Revista

comfama

Edición N.° 482 - ISSN 2027-2715
Medellín, marzo 2022

Una visión positiva del campo

David Escobar Arango,
Director Comfama

En el hogar familiar de mi infancia hubo una época que sabía y olía a piña madura. Al principio era lindo y emocionante que mi abuela tuviera una finca en buena parte dedicada a la agricultura. «Un millón doscientas mil matas de piña», decía mi papá con orgullo.

Con el tiempo, me di cuenta de que la piña era para él una fuente de estrés, no hacía sino hablar de la ley quinta y del crédito que tendríamos que pagar con recursos propios porque el precio había bajado. En la casa, el tema y el producto se tomaron, literalmente, todos los espacios. En las mañanas nos daban jugo de piña y tajadas de piña fresca. Las comidas estaban acompañadas con el mismo jugo, así mismo, descubrimos las recetas más rebuscadas de arroz, carne, pescado y pollo con salsa de piña; los fines de semana la sorpresa era ¡pizza hawaiana! «Piña hasta por las orejas», decía mi mamá. Digamos que el proyecto fue, no quiero ser injusto, un fracaso dulce y lleno de aprendizajes.

Pero Juan Gabriel no se quedó ahí. Fueron unos años 80 llenos de experimentos con ganadería, en los que intentó con leche, carne y doble propósito. También hubo agricultura: sembrados de tabaco, yuca, plátano y maracuyá. Gozaba combinando su trabajo en el banco con el emprendimiento agrícola. Se preciaba, antecesor de los actuales regeneradores, de haber reservado la tercera parte de la tierra y todas las cuencas de quebradas para monte; era feliz viendo que a Altair llegaban los estudiantes de la Universidad Nacional a observar aves y nos alentaba a explorar y a darle reporte de los micos, osos hormigueros, armadillos, pequeños felinos y perros de monte que encontráramos en nuestras caminadas infantiles.

Con la perspectiva que dan los años y desde el rol que ahora ocupo, me pregunto cómo recoger sus legados y lecciones.

Mi padre era un soñador con una confianza en el campo colombiano que casi rayaba con la que llaman «fe de carbonero». Por eso, al sentarme a leer esta Revista, pienso en todo lo bueno que aprendí de sus tribulaciones campesinas. Su curiosidad, persistencia y experimentación incesantes, su idea de combinar producción con protección, su amor por las aves y su afán por demostrar, aún sin la formación o la capacidad empresarial, que Colombia podía ser una despensa para el mundo, una nación autosuficiente y un paraíso natural para extranjeros y locales.

Hoy casi treinta años después de su muerte dejé de burlarme de su idealismo y sus fracasos para admirar aquello que hoy lo haría único. También pienso en su contexto y me pregunto qué habría facilitado o catalizado su éxito como emprendedor rural y hoy, al leer esta revista, lo veo mucho más claro.

Un funcionario público muy experimentado me dijo hace unos años que no me afanara por entrar al campo con Comfama, que la seguridad social no podría llegar «allá» sino cuando hubiera empresas formales, que el campo colombiano era pobre, informal y violento. Bobos cariados, como se dice, ahora podemos afirmar que esta institución lleva casi diez años invirtiendo y confiando en el potencial de las regiones de Antioquia. Más de $200 mil millones invertidos en sedes, parques, oficinas, centros de salud y la Clínica Panamericana, y el despliegue de un equipo de trabajo que supera las 1000 personas por fuera de los valles de Aburrá y San Nicolás, son testimonio de ese compromiso.

Las empresas y las familias, en respuesta, nos han entregado su confianza. Más de 500.000 personas reciben ahora nuestros servicios en las regiones, hemos más que doblado el número de empresas afiliadas en menos de cinco años; lo que ha pasado en Urabá, de la mano de Sura y los empresarios de la zona, nos sorprende y entusiasma, y ahora queremos replicarlo en más regiones. También asumimos la aceleración del proyecto de desarrollo rural más emocionante de Antioquia, el agroparque Biosuroeste, como parte de una amplia alianza intersectorial que nos recuerda la importancia de unirnos alrededor de grandes causas.

Este nuevo contexto, por otro lado, nos ha transformado. Estamos aprendiendo, solos y con aliados, sobre crédito rural, asistencia técnica, formación en agro, permacultura, ganadería regenerativa, conservación ambiental y ecoturismo rural y comunitario.

Nuestro horizonte, nuestro corazón y nuestra mente organizacional se han ampliado y nos muestran nuevas fronteras.

Al comenzar a caminar el territorio la mirada se afina, vemos con claridad porque estamos más cerca. El campo antioqueño no es, por definición, violento ni pobre, aunque no se puede negar que tiene violencia y pobreza. Nosotros, sin embargo, vemos su realidad, proyectamos su futuro y no podemos aceptar definirlo desde una mentalidad de escasez. Empresas de todos los tamaños y en diversos sectores nos asombran por su pujanza y su visión. Emprendimientos agroindustriales, comunitarios, asociativos y regenerativos dan ejemplo, señalan caminos e inspiran a otros; crean empleo, cuidan la naturaleza, atraen visitantes, construyen clase media y desarrollan municipios.

Por eso, al ver tantas historias de éxito y posibilidad, decidimos hacer esta revista. Queremos que los empresarios se den cuenta de que llegó la hora, más aún con la construcción de las esperadas vías 4G, de invertir masivamente en nuestro campo; que las familias de las regiones se sientan orgullosas; que los habitantes de las ciudades visiten con asombro y curiosidad este presente que nos conecta a todos a través de un hilo verde de belleza y pujanza.

Hablemos del campo, no como problema, ni como parte de un futuro siempre aplazado. Confiemos en que el trabajo conjunto entre empresarismo, cultura, educación, instituciones públicas y organizaciones sociales, así como la priorización del talento de las personas y el fortalecimiento de sus capacidades, nos permitirán entregar a las siguientes generaciones una ruralidad moderna que produzca alimentos, cuide el agua, limpie el aire, nos acoja a todos, y simbolice, no solo lo que fuimos, sino aquello que podemos llegar a ser.

El campo antioqueño es una tierra fértil para las oportunidades, la competitividad y la modernización.

En Comfama entendemos el desarrollo rural como un factor catalizador del cuidado y del progreso de la clase media en las regiones, esto inevitablemente va de la mano del desarrollo económico y del trabajo en alianza entre las personas y empresas que las habitan.

Las historias que hacen parte de esta edición y de nuestro sitio web muestran un campo moderno fruto del esfuerzo de personas y empresas que tecnifican procesos; iniciativas e industrias conscientes que trabajan por alcanzar un amplio impacto en la cadena de valor; al tiempo en que apalancan productores y los conectan con grandes mercados en una relación de mutuo beneficio.

El campo no se limita a la agricultura y por eso nos propusimos mostrarlo como un universo amplio en el que conviven múltiples visiones que involucran el cuidado de las especies, opciones viables para los jóvenes, educación rural, sostenibilidad y asociatividad. Queremos destacar un campo potente, moderno, interesante como opción de vida y sostenible para todos.

Comparte tus opiniones usando la etiqueta **#ElCampoEsPotente** y disfruta de nuevos contenidos exclusivos en

revista.comfama.com

Una publicación comfama

La Revista Comfama es un medio de comunicación educativo, de circulación gratuita, que tiene como objetivo generar conversaciones sanas y constructivas que transmitan valores positivos a través del poder del ejemplo y las historias.

Cr. 48 20 - 114. Torre 2, piso 5, Medellín - Colombia.
Teléfono: 360 7080

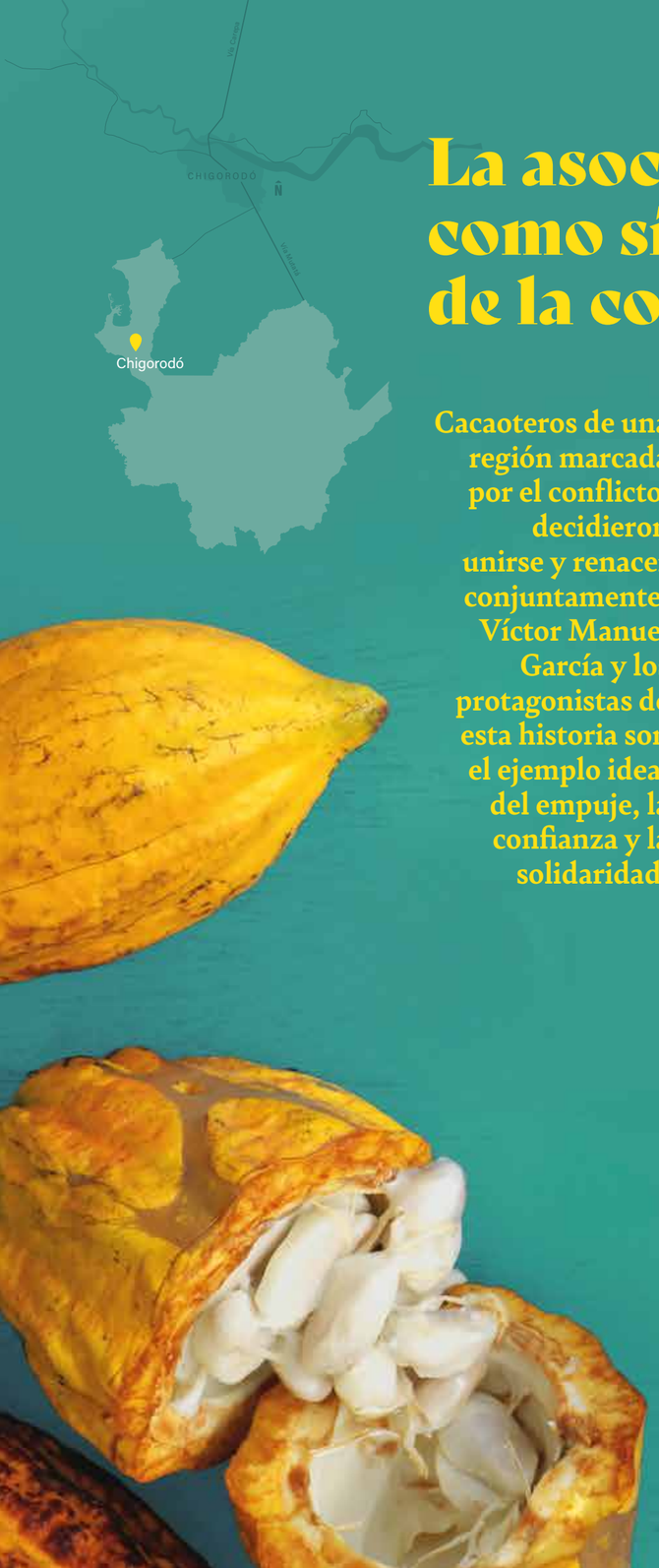
Consejo Directivo: **Principales:** Juan Rafael Arango P., Jaime Albeiro Martínez M., Jorge Alberto Giraldo R., Octavio Amaya G., Jorge Iván Díez V., Juan Luis Múnera G., Carlos Manuel Uribe L., Tomás Restrepo P., Alejandro Olaya, Fabio Alonso Vergara C. **Suplentes:** María Adelaida Pérez J., Hernán Ceballos M., Esteban Tobón U., Luis Fernando Cadavid M., Martha Ruby Falla, Liliana María Sierra H., Rigoberto Sánchez G., Juan Luis Cardona S., Juan Alberto Ortiz A.
Director: David Escobar Arango Coeditor de la edición: Mauricio Pérez Salazar
Responsable equipo de comunicaciones: Perla Toro Castaño Editores: Yenifer Aristizabal Grajales y Roque Dávila Pineda Redacción: Luisa M. Charry Valencia, Vanessa Martínez Z., Sara Ruíz M., Esteban Hernandez Z.,Paulina TejadaT., Ricardo Arias S., Mariana Londoño B., Katherine Rojas M. y Juliana Correa B. Diseño editorial: Carol Jaramillo Hurtado Asesoría gráfica: Julián Posada C. y María Patricia Cadavid S. Asesoría temática: Paula Restrepo Duque, Juana Botero P., Juan Manuel Restrepo, Juan Sebastián Correa, Federico Botero J. Corrección de textos: Ojo de lupa Imágenes: Santiago Chiquito, Lucas Posada, Gloria Ramírez, ProAntioquia, Federico Botero, Luisa Charry, GettyImages y Freepik.

Preprensa e impresión: El Colombiano
Circulación: 160.000 ejemplares.
Vigilado Superintendencia del Subsidio Familiar.

www.comfama.com - revista.comfama.com

La asociatividad como símbolo supremo de la confianza

Cacaoteros de una región marcada por el conflicto, decidieron unirse y renacer conjuntamente. Víctor Manuel García y los protagonistas de esta historia son el ejemplo ideal del empuje, la confianza y la solidaridad.



Tenía diez años cuando la guerra de los 90 azotaba a Urabá. No entendía lo que sucedía, pero podía escuchar cómo las balas retumbaban en las veredas de Chigorodó. Sangre, gritos y dolor. Durante aquel tiempo mi hogar se convirtió en un territorio de enfrentamientos que nos hizo huir hacia Córdoba. Seis años más tarde pudimos regresar a una región florecida de cacao.

Empezar de cero no fue fácil, mi familia pasó de ser propietaria de cien hectáreas de tierra a tener una pequeña parcela de tan solo cinco. Sin embargo, después de intentar sembrar y cosechar sin éxito algunos alimentos, en 2004 unas semillas de cacao nos dictaron el rumbo del resto de nuestras vidas.

Vivir, crecer y trabajar en el campo al lado de mi padre me ha dado la posibilidad de entender de primera mano las necesidades del sector campesino, lo que me ha inspirado a luchar por él y por mejorar la calidad de vida de la gente, de mi familia y de mis compañeros de trabajo, más aún después de ser testigos de la guerra y renacer de ella.

¿Cómo crees que es posible trabajar más en alianza y menos en competencia?

#ElCampoEsPotente
porque se trabaja con aliados

Inicialmente, a 47 productores de cacao de la región nos unió un propósito: mejorar los bajos precios del grano de cacao seco y eliminar los intermediarios para lograr una mejor rentabilidad y que el trabajo que hacemos a diario tenga un pago justo. En 2013 creamos la Asociación de Cacaoteros Emprendedores Futuro Verde (Acefuver), el sueño de algunos cacaoteros de la región que buscamos tecnificar el campo.

A través de recursos, capacitaciones y asistencia técnica hemos logrado, como productores y asociados, llegar a nuevos mercados nacionales e internacionales con una línea de productos amigables con el medio ambiente, con sabores autóctonos y de gran calidad, a un precio que dignifica nuestro trabajo campesino y el de muchos otros.

De 47 productores que nos unimos, hoy somos 240 y pasamos de 80 hectáreas sembradas de cacao a 800. Antes producíamos 28 toneladas de cacao al año y ahora son 400. Cuando nacimos como asociación no imaginábamos el impacto y crecimiento que tendríamos.

Hemos cosechado grandes frutos a través de la asociación, pero también hemos tenido que enfrentar dificultades. Una de las más grandes ha sido ganarnos la confianza del sector cacaotero. Muchos de nuestros campesinos lastimosamente son reacios al tema asociativo, porque en el pasado muchas personas malintencionadas han llegado con propuestas que se quedan en el aire para explotar sus tierras.

¿Cómo luchar contra esa incredulidad para que el campo se convierta en un escenario de asociatividad? A través de un liderazgo idóneo, que inspire confianza, respete a su gente y muestre resultados. **Es importante que, como líderes, conozcamos y trabajemos en las necesidades de las comunidades para que ellos crean en las oportunidades de trabajar como gremio. Así es como lo hemos logrado nosotros.**

Entender que el otro no es competencia sino un aliado ha sido lo más gratificante de este camino. Ese es nuestro mayor logro, conectar a una comunidad de campesinos diversa, donde indígenas, afro, desplazados, madres cabeza de hogar y personas en situación de discapacidad somos una sola familia.

Hoy me siento orgulloso de decir que Acefuver, más que una asociación, es una familia cacaotera, que no solo nos lleva a recobrar la confianza en el campo, sino también en nosotros mismos para volver a soñar con el futuro de la tierra y el legado campesino.

Aprender haciendo

El Centro de destrezas de banano y plátano está ubicado en Apartadó, Antioquia. Es un espacio de aprendizaje, construcción, conversación e interacción que responde a las necesidades productivas de este sector en Urabá.

Ciudad y campo en sintonía con la vida

Isabel Cadavid nació en Medellín, pero pasó su niñez observando cuidadosamente los bosques de Fredonia en el suroeste de Antioquia. Imitando sus formas emprendió un cultivo circular que cosecha alimentos y nuevas conversaciones sobre la tierra y el futuro.

#ElCampoEsPotente porque permite habitarlo de forma distinta y respetar los ritmos de cada proceso productivo.

¿Qué tipo de producción agrícola promueves con tu compra?

Nací en Medellín, pero desde pequeña he estado conectada con la ruralidad gracias a la finca familiar en la que mi papá cultiva café, la misma que he recibido para crear un mandala de árboles, arbustos, flores, granos, plantas medicinales, vegetales y frutas. Mi cultivo está inspirado en principios ecológicos, diseñado no para la homogeneidad sino para la abundancia y diversidad.

De niña me preguntaba ¿por qué hay que mercar para ir a la finca si de la tierra sale la comida y todo lo que necesitamos? Y de joven, cuando empecé a tomar decisiones frente a mi alimentación y elegí no consumir proteína animal, descubrí que los granos y los vegetales en la ciudad estaban lejos de ser orgánicos y diversos. Tuve, incluso, problemas de salud. Mis búsquedas personales y mi propio cuerpo me pidieron regresar al campo.

Me formé como bióloga, pero me di cuenta de que no me interesaba entender el detalle de cada especie, sentía que quería entender el todo. Así que cambié el rumbo de mi vida y estudié ecología con énfasis en agroecología; así pude comprender mejor los ecosistemas y entenderme como parte de estos. Me dedico a la agricultura desde hace nueve años.

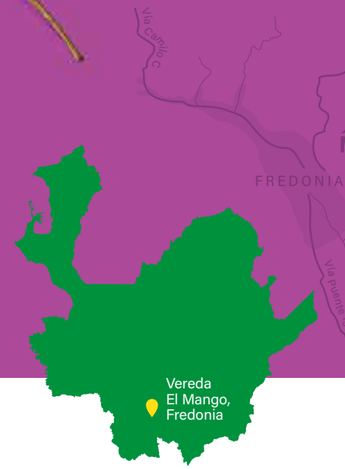
Desde entonces, me di cuenta de que la única manera en la que podía decir con certeza que la agroecología era viable para la vida y que la regeneración era la posibilidad que teníamos para alimentarnos y conservar los recursos naturales, era llevarla a la realidad.

Puse a prueba la teoría de los libros y materialicé mi sueño de un mundo más justo con otros seres y con la vida misma, hace nueve años sembré mi primera huerta en Fredonia. Cilantro, habichuela y berenjenas dieron cosecha; los árboles frutales que sembré desde semilla crecían sanos. La respuesta de la naturaleza fue generosa. En cuestión de unos meses, el huerto daba mucho más de lo que mi familia y yo necesitábamos para abastecernos.

De ahí surgió la idea de compartir los excedentes con otras personas y expandir el cultivo, pero, antes, al observar un bosque vecino descubrí que la naturaleza no tenía líneas rectas, que era diversa, cíclica y con expansión circular. Cada árbol soltaba sus semillas al suelo para que, a su alrededor, crecieran las nuevas plántulas. Todo el bosque era un mandala.

Imitando esa maestría natural, fundé Agromandala, un bosque comestible que, a diferencia de las producciones agrícolas lineales y los monocultivos, es también tránsito y hogar para fauna (que indica la salud de los ecosistemas), paisaje exuberante y lugar de cosecha, no solo de alimentos diversos, sino de la manifestación amplia y profunda de la regeneración. La propuesta circular va más allá de la magia del campo. Agromandala es una iniciativa rural que conecta a la ciudad con este proceso a través de las familias CSA *(Community supported agriculture)*, coagricultoras, quienes acceden semanalmente a una canasta de productos agrodiversos bajo un modelo de suscripción, y quienes se vinculan directamente con los productores, sus saberes y relaciones profundas con la tierra.

Agromandala hace posible que las personas pasen de ser consumidoras a ser partícipes de lo que quieren, aprenden y descubren de sus alimentos; asimismo, intervienen en la toma de decisiones sobre el uso del territorio agrícola de la región. Así conocemos esa casa de todos y todas, así entramos en sintonía con la vida, así nos vinculamos y actuamos para cuidar todo lo vivo, para hacer que prospere la vida.



Aprende a sanar el suelo

La restauración ecológica es un método de conservación del suelo y su actividad biológica. Conoce todo lo que puedes aprender en nuestro Diplomado de Agricultura Regenerativa en Comfama.

El campo sí es para las mujeres

De Gloria Ramírez esperaban que dejara su tierra, que se dedicara a la confección y que tuviera hijos pronto, pero su vida y futuro están en el campo. Con 31 años se convirtió en una lideresa en la agroindustria de El Santuario, Antioquia.

Fotos cortesía Gloria Ramírez

Mis manos labran la tierra desde que tengo 12 años. Nací en la finca de mi familia, una herencia de mis abuelos que casi perdemos por tratar de subsistir, nuestra casa de tapia y dos habitaciones era todo lo que teníamos, pero además de eso, disponíamos de una tierra generosa, eso nos salvó.

Mis tres hermanos y yo crecimos rodeados de bosque y cascadas, en una montaña en límites de El Santuario y Cocorná, en el oriente de Antioquia. Hemos visto crecer frutos que antes fueron semilla, hemos corrido por montañas, nos hemos bañado en aguas heladas que brotan de la tierra.

Cuando llegó el momento de decidir qué hacer con mi vida, me decían que el trabajo del campo no era para las mujeres, que debía dedicarme a la confección, al fin y al cabo la mayoría de mis compañeras se dedicarían a eso. Así que tomé ese rumbo; con ahorros, mucho esfuerzo y el apoyo de mi familia, compré una máquina y monté un pequeño taller.

Los días pasaban uno tras otro sin mucha emoción. Me sentía como un pájaro enjaulado. Mientras hacía cortes para confeccionar uniformes deportivos, me imaginaba caminando por la finca, con la mirada fija en verdes y azules del campo. La finca la seguían trabajando mis hermanos y mi papá, pero no estaba produciendo lo suficiente.

¿Cómo trabajas para disminuir la brecha de género en los escenarios en los que interactúas?

#ElCampoEsPotente porque podemos cambiar imaginarios y revertir sesgos de género

Espacios para #MujeresLíderes

En Comfama luchamos contra sesgos y nos comprometemos por la equidad de género. Conoce el programa **#MujeresLíderes** que creamos para reducir la brecha de género y abrir miles de oportunidades a las mujeres en Antioquia.

Entonces quise ser parte de un proyecto familiar, de la finca Ramírez Ramírez. Así que vendí mi máquina y volví a ser libre. Volví al campo y les dije a mis hermanos que quería trabajar con ellos. Al principio se negaron, me decían que cómo me iba a dedicar a la tierra si era mujer. Les dije que, así como podía cuidar un jardín, podía hacer crecer otros frutos.

Allí también apareció una gran oportunidad: las capacitaciones con la Corporación Interactuar a través del modelo MBA (Método Base de Aceleración). Durante tres años me capacité, estudiamos nuestro suelo, organizamos la estrategia de ventas, pulimos nuestra contabilidad y distribución. También optimizamos los recursos y reiteramos que la tierra es nuestro tesoro más grande. Sin campo no hay vida, sin campo no podríamos comer. Por eso lo cuidamos.

Hemos desechado el uso de químicos tóxicos y nuestra meta es producir alimentos orgánicos; hacia allá vamos. Queremos que los tomates, zanahorias, repollos, papas criollas y remolachas que salgan de nuestra agroempresa sean de calidad, que nos alimenten bien. Con nuestra finca produciendo de mejor calidad, aumentaron las ventas, ahora distribuimos a Medellín y a la Costa Caribe.

Logramos reconstruir nuestra casa en la finca y ampliarla. Hoy cuando vemos hacia el horizonte, están los verdes que amamos, nuestra tierra que es vida y el florecimiento para las posibilidades femeninas en el campo.

Como una posibilidad, así nació Cartama, una empresa productora de aguacate *hass*, ubicada principalmente en ocho municipios del suroeste antioqueño, que se compromete con un modelo de negocio que fortalece el territorio. Ricardo Uribe nos cuenta su historia.

Cartama tiene cultivos no solo en Antioquia sino en cinco municipios en Caldas y en tres en Risaralda.

¿Cuándo fue la última vez que te arriesgaste a hacer algo que parecía imposible ?

#ElCampoEsPotente cuando encontramos en él posibilidades inimaginadas que sobrepasan fronteras

Riesgo hecho oportunidad

La historia de Cartama es un relato de desafíos y aprendizajes que ha hecho que se convierta en una empresa que impulsa el agro colombiano. Actualmente el 78 % de nuestros ingresos se queda en las zonas de influencia, al ofrecer empleo digno y oportunidades laborales que hace 35 años no existían o que parecían difíciles de potenciar.

En Cartama producimos, empacamos y exportamos, pero también trabajamos de la mano de 300 pequeños y medianos productores de aguacate *hass*. Además de crecer con ellos y enviar nuestros productos a Rusia, Europa, Corea del Sur, Japón, Estados Unidos y China, tenemos proyectos como Comunidades Cartama en el que, junto a Bancolombia, financiamos sus emprendimientos con tasas competitivas y brindamos asistencia técnica. También, fortalecemos el territorio a través de procesos formativos que realizamos junto al CESDE y Comfama.

Todo empezó cuando mi padre, Luis Carlos Jaramillo, regresó de Chile. Para ese momento viajaba por nuestros negocios de flores y banano, pero allá un amigo le mostró su exportadora de aguacate *hass* y le pareció una idea prometedora. «Hijo: tenemos agua, tenemos manos para trabajar, no hay que cruzar el canal de Panamá para llegar a Europa, ¿por qué no lo intentas?», me dijo al regresar.

Quise comenzar, pero no tenía semillas. **No había productores de aguacate *hass* en el oriente antioqueño.** Busqué por todo lado y al fin encontré a Alejandro Morales, un arquitecto que tenía una semilla perfecta, porque además de ser esta variedad de aguacate, tenía una mezcla con una especie nativa y eso hacía que ya estuviese adaptada a las condiciones tropicales de nuestro país.

La sembré en La Escondida, nuestra finca de recreo en Llanogrande. Era la indicada pues tenía el área perfecta para aprender. ¡Fue muy duro! Para empezar, no encontraba ningún asistente técnico especialista en esta variedad. Trabajé con uno que sabía de flores. De los primeros 2.600 árboles cultivados, perdimos 1.300. No sabíamos ni cómo se fertilizaba, ni de qué tamaño debía ser el hueco o la distancia de siembra ideal, ni siquiera cómo podarlo.

En el primer encuentro de productores de aguacate en Cartago conocí a Amanda Quintero, nuestra redentora. Visitó La Escondida y al ver el cultivo dijo: «hay que tumbar la mitad». Le propuse buscar otra forma. La encontramos: salvamos la plantación con tratamiento nutricional.

Viajé por todo el mundo para aprender de otras experiencias, pero todos eran países subtropicales que requieren riego. ¡A nosotros nos sobra la lluvia! Mientras en Chile al año caen 100 mm, aquí caen 2000. Continué con Cartama, junto a mi hermano, porque **si bien aceptábamos el desconocimiento y sabíamos el riesgo, confiamos en que las tierras colombianas lo tienen todo y siempre aprendimos de cada error.**

La primera exportación fue contra viento y marea. **En el 2015 logramos que aceptaran la llegada del primer contenedor a Inglaterra. Nunca habían importado desde un país tropical.** Cuando ya el contenedor iba en plenas aguas internacionales, me llamaron y dijeron: «solo recibiremos la mitad». Mientras llegaba a puerto, logré venderle la otra mitad a un supermercado en el mismo país. Aunque respiraba aliviado, seguía pensando en el estado en el que llegarían las frutas. El contenedor pasó perfectamente todos los controles de calidad. Fue tal el éxito que hoy seguimos siendo socios.

Actualmente, tenemos nuestro propio vivero y pasamos de no tener ninguna semilla, a producir un millón trescientas mil anuales. Si bien nos hemos equivocado en cada camino que emprendemos, volvemos a intentarlo, esa es nuestra filosofía. **Lo hacemos porque creemos en el campo colombiano y cada que un emprendedor crece nos motiva a continuar por más imposible que parezca.**

Conexión con la seguridad social

Una alternativa en la que, a través de una asesoría personalizada, podrás afiliar tu microempresa y a tus trabajadores al sistema de seguridad social, con el propósito de garantizar sus derechos y mejorar su calidad de vida.

El nacimiento

Rafael Aubad, expresidente de Proantioquia

Era el año 2013 y 600 hectáreas de tierra que habían sido confiscadas, en un proceso de extinción de dominio, al narcotráfico, ajustaban 13 años sin un uso claro y estaban próximas a ser repartidas por parcelas entre campesinos.

Se trataba de un terreno localizado en el Suroeste de Antioquia, entre los municipios de Támesis y Valparaíso. Entonces yo era el presidente de Proantioquia y recibí un llamado por parte de ambos alcaldes, para ver en estas tierras una oportunidad más allá del aprovechamiento individual de cada parcela.

Empezamos a darle vuelta a la idea y a encontrar el camino. Consideramos que tal vez una alianza local público-privada fuera la clave para lograrlo. La premisa fundamental de esta misión fue lograr una Restitución Social Colectiva (RSC). Es decir, que las tierras fueran entregadas a estas dos administraciones municipales para convertir el terreno en un espacio que contribuyera a la sostenibilidad regional con ayuda de entidades aliadas.

Empezó entonces la tarea de sacar adelante la iniciativa, el camino estaba lleno de obstáculos, pero hubo uno especialmente complicado: que las entidades públicas del país no entregaran el terreno dividido en parcelas a los campesinos, para que ellos lo trabajaran de forma independiente, sino que encontraran en nuestra propuesta un propósito de alcances regionales y quisieran intentarlo.

Fueron tres años de ir y venir, de conversar mucho y con muchas personas, de pulir la idea, de hacer esta propuesta, inédita en la ruralidad antioqueña, más fácil de comprender y más atractiva.

Toda esa intensa gestión dio frutos. En el 2014 el predio fue entregado a las dos alcaldías y en 2019 cedido por estas a la corporación de la que hacen parte nueve entidades aliadas: municipio de Támesis, Comfama, Corporación Interactuar, municipio de Valparaíso, Fundación Aurelio Llano, Fundación Berta Arias, Fundación Proantioquia, Fundación Bancolombia, Fundación Julio C. Hernández. Y así nació Biosuroeste.

Biosuroeste: un emprendimiento social con propósito compartido

La historia de cómo gracias a las buenas ideas, a la conversación y al trabajo conjunto de instituciones públicas y privadas, 600 hectáreas de tierra que fueron usadas para el narcotráfico pasaron a convertirse en Biosuroeste.

El suroeste desde un globo

Desde este lugar en el corazón de la cuenca del río Cartama, vuela y déjate sorprender por las maravillas del paisaje con un recorrido por el Agroparque Biosuroeste y el viaje en globo. Una provocación para conocer más de la riqueza natural de esta región.

#ElCampoEsPotente porque impulsa el desarrollo regional

¿Has trabajado en un proyecto que trascienda el interés particular y trabaje por un impacto colectivo?

La aceleración

David Escobar, director de Comfama

Desde el año 2019, Comfama se volvió parte de la Corporación Biosuroeste porque vimos la alineación del proyecto con nuestra causa de promover el desarrollo regional regenerativo. Para nosotros, el proyecto animará la creación de una clase media rural y catalizará el desarrollo territorial a través del fomento al crecimiento empresarial sostenible y consciente.

De la mano de los demás socios, nos soñamos un espacio que contará con programas de conservación y restauración ecosistémica, proyectos ecoturísticos, actividades de investigación ambiental e iniciativas de incubación, emprendimiento y desarrollo empresarial para la provincia de Cartama, en el Suroeste antioqueño: yendo incluso más allá, inspirará proyectos similares en otras regiones de Antioquia y de Colombia.

Hasta el 2021, gracias a la cooperación entre los municipios, instituciones, cooperación internacional y empresas de la región, logramos consolidar una visión, una red de alianzas y un plan maestro que orientará a Biosuroeste. Este año comienza una nueva etapa: la aceleración y puesta en marcha de estos sueños, encabezada por Comfama.

En los próximos meses veremos cómo, gradualmente, aparecerán programas, servicios e infraestructuras que catalizarán el desarrollo regional y regenerativo en esta región.

Nuestra visión es que Biosuroeste funcione como un faro que guíe e inspire a empresarios, familias y alcaldías de nuestro departamento a caminar la senda del desarrollo incluyente, donde lo empresarial y lo social se encuentren, donde la productividad y la regeneración se concilien. Ganadería regenerativa, agroindustria sostenible, agroecología, turismo cultural y natural, investigación aplicada, conexiones con mercados y participación comunitaria se conjugarán en este hermoso paisaje antioqueño y su entorno.

Esta iniciativa demuestra el poder de la conversación entre instituciones y personas para construir valor compartido. En tiempos de polarización, en el Cartama hemos aprendido, en la práctica, aquello de que si queremos ir rápido, podemos ir solos, pero si la intención es llegar lejos, es mucho mejor viajar en buenas compañías.

Cocina Intuitiva, el poder de recuperar los sabores ancestrales

Los alimentos tienen una sutil y, al tiempo, poderosa capacidad para comunicar. Esta es promovida a diario por Lucas Posada y Verónica Botero, los creadores de Cocina Intuitiva, un proyecto que cuenta historias a través de los alimentos.

Fotos cortesía Cocina Intuitiva

¿Trabajas actualmente por una alimentación más consciente y saludable?

#ElCampoEsPotente porque es rico en sabores y aromas

Descubre nuevos sabores

Conoce con nosotros un universo de sabores y profundiza en formas diferentes para cocinar tus alimentos, en nuestros cursos de alimentación consciente.

Mi esposa Verónica y yo vivimos durante 10 años en Australia, allí participamos como voluntarios en un centro de refugiados. Se nos ocurrió en algún momento hacer un taller de cocina en el refugio, pero nos confrontaba la barrera del idioma. Después de meditarlo, quisimos experimentar qué pasaba si en el taller disponíamos los alimentos y las herramientas para que cada participante interactuara de forma libre con ellos.

Unos los picaron, otros los rayaron, pero cada uno sabía exactamente qué hacer. Quedamos maravillados porque vimos que podíamos experimentar de forma intuitiva con ellos y así nació la semillita de que podía existir algo como Cocina Intuitiva.

En aquel tiempo yo era el encargado de preparar los alimentos en casa. Compraba los ingredientes en las plazas de mercado y allí conocí diferentes maíces, ajíes y papas de diversos colores e intensidades. Empecé a comprarlos e investigar su procedencia y supe que muchos de ellos venían del continente amerindio.

Me entusiasmé tanto con esta información que comencé a hacer una antropología de la alimentación, a diseñar cenas interactivas en las que algunos chefs latinoamericanos diseñaban y preparaban menús, mientras yo contaba historias alrededor de esas preparaciones.

En el 2018 Vero y yo nos regresamos a Colombia y decidimos hacer las cenas interactivas aquí, pero descubrimos que, a pesar de ser de este continente, no se conseguían los ingredientes con los que cocinábamos allá: los maíces, las habas y las papas de colores. Nos preguntamos entonces dónde estaba todo eso y decidimos salir a buscar por casi toda Colombia.

Un día, un buen amigo nos habló de Pasto y nos contó que allí había un mercado muy amplio, decidimos viajar y descubrimos lo que no conocíamos de Colombia. La capital de Nariño tiene muchos minifundios, es decir, no hay grandes porciones de tierra sino pedazos pequeños donde todavía subsiste la agricultura familiar campesina y comunitaria, que es la que hoy apoyamos porque resguarda más del 90 % de la agrodiversidad del país.

Estuvimos en más de 29 lugares y conocimos todos los climas y múltiples formas de producir alimentos. Invertimos mucho tiempo y todos nuestros ahorros en lo que estábamos buscando. **Durante ese viaje encontramos que había un montón de alimentos que no estaban llegando al mercado.** A partir de ese momento empezamos a tener más y más contactos; comprábamos directamente a los campesinos que conocíamos en nuestros viajes y comenzamos a hacer nuestras cenas.

Todo nuestro trabajo de marketing fue mediante redes sociales. A la gente le atraía lo novedoso de nuestra propuesta. Conocer alimentos exóticos al tiempo que se enteraban de su historia, y todos los beneficios que estos aportaban a su salud. Algunas de las personas que participaban, al quedar tan contentas con la experiencia, nos empezaron a sugerir que hiciéramos charlas en sus empresas o en las instituciones educativas de sus hijos.

Nos dimos cuenta de que había un mercado en la formación de la cultura alimentaria y que era necesario mostrar que la alimentación era diversa, sencilla, que podíamos apoyar a los campesinos y que se podían rescatar alimentos ancestrales.

Así nació nuestro programa de alimentación de trasformación alimentaria. Empezamos a estructurar un listado con algunos campesinos y proveedores que teníamos para crear una cadena de suministros para los restaurantes, empresas y diferentes instituciones que participaban de nuestro programa.

Actualmente, **nuestro enfoque está orientado a fomentar prácticas gastropedagógicas, porque llegamos a la conclusión de que el cambio hacia una alimentación regenerativa, sostenible, local y diversa va a nacer desde el placer, desde el disfrute, desde la conexión espiritual que implica el acto sagrado de alimentarnos y de la conciencia de que es también un acto político.**

Estamos convencidos de que en la medida en que más personas sepan esto de los alimentos podremos generar un cambio.

¿Le has apostado a un proyecto familiar o comunitario que te haga sentir orgullo?

Abrirle las puertas al turismo y hacerlo en comunidad

Dos de las pasiones de Carolina Restrepo son Café Canelo y la Red de turismo de Cañasgordas. Estas se construyen en familia, gracias a la solidaridad, la consciencia y el trabajo conjunto.

#ElCampoEsPotente porque cuenta con lugares y experiencias por descubrir

Una de las cosas que más amo es tomarme un café antes de ver el amanecer en la finca donde vivo con mi familia, en la vereda El Canelo de Cañasgordas. Para mí, no existe mejor experiencia que esa; es el primer ritual del día y el cual me motiva para lo que vendrá. Hace aproximadamente nueve años, cuando mi hermano Julián presentó su trabajo de grado en la universidad, soñaba con tener un proyecto de café de origen y trascendió para convertirse en un propósito familiar.

En ese entonces, yo era la única que trabajaba en la casa, no estábamos del todo bien económicamente, pero lo apoyamos y creímos que podíamos intentarlo juntos. Mi papá ya cultivaba y apoyó con sus conocimientos a mi hermano; mientras mi mamá y yo aportamos con lo material y algunos asuntos logísticos para la creación de productos de calidad.

No fue un camino fácil, para nada. De entrada, tuvimos que desaprender todo lo que sabíamos de café para adaptarnos a las dinámicas que la sociedad actual impone. ¿Por qué? Porque mi padre siempre había cosechado café en la finca para la Federación de Cafeteros de Occidente, pero este reto implicaba transformar nuestros pensamientos, por lo que tuvimos que capacitarnos y escuchar a mi hermano que tenía clara la idea.

Era necesario establecer procesos de siembra, producción y transformación del producto para nutrir el primer punto de venta de Café Canelo, el cual ubicamos en Santa Fe de Antioquia por ser un municipio con mucho más turismo. Hoy, el proyecto está conformado por nuestra familia y cuatro empleados más.

Luego, cuando vimos que Café Canelo tuvo muy buena acogida, comenzamos a recibir peticiones de parte de los clientes para llevarlos a conocer los procesos del café. Esto, nos implicó adecuar nuestra finca El Porvenir para que sirviera como un punto de encuentro que incrementara la experiencia alrededor del grano.

Paulatinamente llegamos al segundo reto: crear la Red de turismo de Cañasgordas. Nuestro municipio no es visto como un destino turístico. Sin embargo, la gente comenzó a venir a nuestra finca y a enamorarse de esta tierra. Lo que hicimos, entonces, fue entender que podíamos trabajar con nuestros vecinos. Algunos viven de la producción de panela y otros de la pesca deportiva. Nos sentamos juntos, compartimos información y construimos alianzas con las posibilidades particulares para potenciar la experiencia de los visitantes.

Ha sido un proceso difícil, especialmente porque primero tuvimos que creer en nuestro potencial y trabajar como comunidad para mejorar la imagen turística de Cañasgordas. Es por eso por lo que nos capacitamos, aprendemos las dinámicas de cuidado, aseo, atención y todos los detalles que aportan al mejoramiento de la experiencia de los visitantes. Y hay algo muy importante para generar esa creencia y es el ejemplo, por eso, nos esforzamos en hacer las cosas bien desde Café Canelo, para inspirar a los demás.

Yo confío en el potencial de la región. Muchas personas se van a la ciudad porque creen que es el único lugar donde hay oportunidades. Puede ser cierto, en parte, pero también puede haber mucha competencia. En el campo, nuestro trabajo es más autóctono, libre y con mucha posibilidad de expandir las ideas. Todavía no estamos donde queremos, pero estamos unidos y nos apoyamos. Si hay algo que aprendí en estos años es que con constancia, amor, pasión y disciplina todo es posible, nuestros proyectos son muestra de ello.

Viajes Comfama

Viajar es abrirse voluntariamente a la transformación. Conoce la oferta de Viajes con Propósito que tenemos para ti.

Puedes conocer más de estos proyectos en @Cafecanelo y @fincaelporvenir.col en Instagram.

Ganadería regenerativa: trabajar en equipo con la naturaleza

Durante toda su vida, Román Jiménez Aristizábal fue ganadero. Pero desde 2015 lo es con un enfoque regenerativo. La finca El Pajuil, en Puerto Triunfo es actualmente un ejemplo de convivencia y trabajo conjunto entre el hombre, el ganado y la naturaleza.

Mi abuelo y padre eran ganaderos y toda mi infancia transcurrió en una finca rodeado de vacas, toros y caballos. Tras la muerte de papá, a mis 13 años, salí con mi madre de la finca y empecé un camino de formación académica. Soy Médico veterinario y zootecnista, por años estuve entre Colombia y el exterior estudiando idiomas, mi maestría y un doctorado en distintos ámbitos de la investigación veterinaria.

Durante años los suelos de la finca estuvieron degradados y la tierra sumamente explotada. En el 2013 y el 2014, mientras vivía en México, conocí un principio que aún guía mi vida y trabajo: la regeneración.

Descubrí a Johann Zietsman, un africano autor del libro *Hombre, ganado y pastizal* en Dallas, Estados Unidos. Ese texto se convirtió en mi guía. Con Zietsman empecé a romper mis paradigmas y a cambiar mi forma de entender la ganadería en la que hay una alta dependencia de insumos químicos para tratar las enfermedades de los animales, por una ganadería regenerativa más rentable porque se nutre y cuida de forma natural con lo que el entorno le brinda.

Cuando llegué a Colombia en 2015 lo primero que hice fue cambiar todos los toros Brahman que tenía. Contrario a lo que pensaba, si quería una finca ganadería más rentable y con menor dependencia de químicos, debía seleccionar el ganado adecuado a mi entorno natural.

Reemplazamos estos toros por Romosinuano, una raza criolla acostumbrada a zonas de alta humedad, mucha pluviosidad y altas temperaturas. Cerré la lechería que teníamos y que se sostenía con apenas 100 vacas, cada vez menos productivas. Empezamos a aplicar procesos que no necesitan insumos externos por lo que la inversión es menor y, por ende, la producción es más rentable.

Para hacerlo comprendí que los animales generalmente tienen plagas internas y externas, para esto se hacen controles y se usan productos químicos para tratarlos. El problema es que nos dimos cuenta de que estos afectan el suelo al acabar con insectos y microorganismos que viven allí. Para la ganadería regenerativa el suelo está vivo y es su principal recurso. Debimos entonces nutrir nuestra selección adaptada, es decir, que todos los animales que tuviéramos se adaptaran al entorno y permanecieran saludables.

Esto fue fundamental pero no fue lo único que hicimos para hoy estar comprometidos con la regeneración: restauramos servicios ecosistémicos, protegemos fuentes de agua, flora, fauna y especies nativas.

Al eliminar lo químico y promover la vida del suelo, volvieron los escarabajos, las lombrices y todos los microorganismos que existen en suelos saludables. Dejamos los arbustos para que descompacten el suelo, para que tenga una mayor absorción de agua y nutrientes, le damos mayor tiempo de descanso para que siempre exista una buena capa vegetal con sus respectivos microorganismos.

En últimas, el suelo, el agua, los animales nativos son nuestra prioridad. Estamos comprometidos con una forma más sostenible de producción, respetando el ciclo vital y permitiendo que sea parte de un ecosistema más amplio.

No nos interesa forzar la máxima ganancia, sino lograr rentabilidad sin dependencias de insumos. Se trata de un cambio de mentalidad y actitud frente a la vida, el ecosistema compartido con otras especies. Nuestro propósito es conservar la flora, la fauna y alcanzar un equilibrio natural.

Conoce un modelo de producción sostenible

Descubre la ganadería regenerativa, una práctica ambientalmente amigable y rentable que genera bienestar social. Este modelo ganadero se adapta a las condiciones naturales del sitio de producción para diseñar un proceso sostenible.

#ElCampoEsPotente

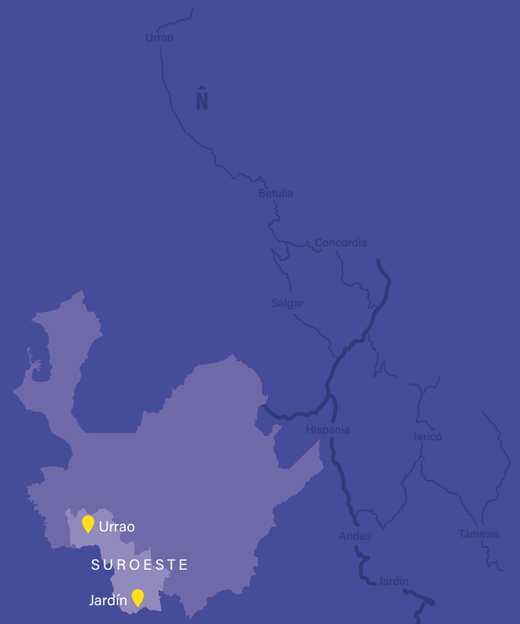
porque permite modelos de producción sostenibles y rentables

¿Has tenido que cambiar algún paradigma con el que creciste?

Fotos original cortesía de Santiago Chiquito

#ElCampoEsPotente
porque podemos estudiar

¿Te has negado posibilidades de 'progreso' por trabajar en lo que crees?



Estudiar en el campo para no dejar el hogar

Alexandra Ibarra Urrego decidió que sería maestra y que ejercería únicamente en zonas rurales. Sus estudiantes tienen ahora la posibilidad de formarse, sin necesidad de migrar. La Alianza ERA (Educación Rural para Antioquia) llegó a su escuela para apoyar este esfuerzo.

Empresas aliadas que fortalecen la educación rural

1. Comfenalco
2. MinEducación
3. Mineros
4. Fundación UNIBAN
5. Celsia
6. Fundación Haceb
7. Fundación Greenland
8. Colegio Mayor de Antioquia
9. Universidad CES
10. CESDE
11. Institución Universitaria Pascual Bravo
12. Protección
13. Familia Urdaneta Mejía
14. Hewlett Packard
15. Familia Soto

Estudia con el Cesde

Con más de 40 años de servicio en Medellín y Bogotá el CESDE llegó al Suroeste y Urabá con la oferta de diplomados y programas de formación técnica laboral. Para saber cómo puedes acceder a una educación integral de calidad y explorar oportunidades en el mundo de la administración, la creatividad y la innovación, te invitamos a conocer los créditos educativos que te ofrece la alianza entre Comfama y CESDE.

Mi abuelo nació en el corregimiento La Encarnación, cuando iba a visitar su casa, recorríamos hasta cuatro horas, caminando o en mula, desde el centro de Urrao, en el suroeste de Antioquia. Allí pasaba mis vacaciones, lo rural siempre estuvo conectado conmigo.

Cuando estaba en el colegio descubrí mi vocación. O mejor, mi pasión: la docencia. Fue hasta mis prácticas como estudiante normalista que sentí una profunda conexión con los niños y la posibilidad de ser su guía en el aprendizaje. Busqué la forma de trabajar para poder terminar mis estudios como normalista superior y me gradué como tecnóloga en educación.

Me fui para la ciudad y no logré trabajar como educadora. Con mi esposo estuve luego tres años en Curazao, una isla neerlandesa del Caribe y cuando regresé a Colombia volví al Suroeste de Antioquia. Primero estuve en Andes y terminé mi licenciatura y, cuando pasé el Concurso Docente en 2006, llegué a Jardín para ejercer siempre en zona rural. Desde allí estudié mi especialización en Tecnologías de la Informática e hice mi maestría en Educación en modalidad virtual.

Aunque los posgrados me brindaron la posibilidad de ejercer la docencia en universidades o colegios urbanos, mi propósito de vida siempre ha estado vinculado con el mundo rural, al que le veo un enorme potencial de emprendimiento y transformación que no siempre es evidente para todos. Allí están sembradas mis raíces y mi historia.

Por muchos años trabajamos con la Fundación Secretos para Contar, aún hoy aprovechamos sus libros, sus estrategias de aprendizaje por proyectos y su formación a maestros. En el 2017 al colegio en el que trabajo llegó la Alianza Educación Rural para Antioquia (ERA).

A través de ellos y con otros aliados, sedes escolares como la mía, en la vereda La Casiana del municipio de Jardín, puede ofrecer a sus 80 estudiantes educación desde preescolar hasta el grado once e incluso estudiar carreras universitarias, relacionadas con las necesidades del territorio porque se concretan con los mismos estudiantes. Esto ayuda a que los jóvenes encuentren su proyecto de vida y propósitos en el campo.

Gracias a sus recursos en materia de capacitación a docentes, la oferta de programas universitarios y el impulso a proyectos pedagógicos productivos que fortalecen las capacidades de los estudiantes.

Hoy otros 509 establecimientos educativos rurales en 19 municipios del suroeste y cuatro de Urabá y Bajo Cauca hacen posible que los jóvenes puedan estudiar Desarrollo de *software*, Producción agropecuaria o Turismo sin abandonar su vereda.

Lo que representa llevar la universidad al campo es invaluable porque los jóvenes pueden ver un futuro en su región, trabajar por ella y mejorar su calidad de vida. Antes, quienes querían progresar y seguir estudiando debían migrar, hoy se pueden quedar para construir.

Los jóvenes pensaban que no había progreso en zona rural, pero nos dimos cuenta de que solo les faltaba una guía, una orientación como la que hoy tienen, otras opciones. Ellos pueden transformar sus vidas de la mano de la educación y retornar parte de ese conocimiento a la región donde vivimos.

La búsqueda por un futuro *in situ*

Jason Cacante ha tenido un proyecto de vida afincado en Sonsón, el municipio más extenso del oriente de Antioquia. Se ha formado como profesional desde su municipio y ha tenido como principio aportarle con su trabajo.

Mi vida siempre ha estado ligada al campo y, gracias a la inquietud que desde niño he tenido por la tecnología y el conocimiento, tenía claro que quería formarme en algo relacionado con la computación. También quería aportarle a mi región y la oportunidad de hacer posibles ambas cosas la encontré en el SENA. Esta institución gratuita y con excelentes docentes me aportó las herramientas y la posibilidad de combinar dos cosas que para muchos no tienen relación: el desarrollo de software y la agricultura.

Estaba convencido de que lo podía lograr. Siempre me ha caracterizado la perseverancia, o lo que otros llaman obstinación o terquedad. Hice lo posible para no escuchar aquellas voces de jóvenes migrantes que ven en la ciudad la única forma de estudiar profesionalmente o la única manera de ejercer. Sabía que podía lograrlo sin dejar a mis amigos, a mi familia y a mi municipio. Fue así como terminé mis estudios de desarrollador de software con pasión y disciplina y además conocí personas en otras regiones del país con el mismo deseo que tenía yo: seguir allí para contribuir a su desarrollo.

Pero no todo es color de rosa. Llegó el momento de ejercer y a pesar de que nos encontramos en pleno siglo xxi, para algunos empleadores el tema de la virtualidad no es bien visto y menos si uno vive en otro municipio. Es como si eso te restara méritos.

Me presenté a varias entrevistas de trabajo y no me aceptaron, llegué a dudar de mí como profesional y de mi decisión de seguir en Sonsón. Por fortuna llegó la oportunidad de trabajar en Agricapital, una empresa que me permite laborar desde mi hogar y confirmar la idea de ir a la ciudad solo a pasear.

Allí también pude lograr lo que siempre quise y parecía imposible: combinar una profesión como programador y desarrollador de software, y trabajar por el agro con una empresa que se dedica a promover la financiación de los campesinos, la tecnificación de los procesos agrícolas y herramientas para el mejoramiento de los procesos de siembra y cosecha. Nos dedicamos a impactar la vida de miles de personas.

Este fue el *match* perfecto entre mi deseo de permanecer en el campo y el poder ayudar a mi comunidad. Me gusta ser un ejemplo para las generaciones que vienen detrás, porque creo fielmente que si el campo es llamativo para las juventudes y para inversionistas, es sinónimo de mejor calidad de vida para todos.

Créditos para el agro

En Comfama creemos en el campo antioqueño, conoce nuestro servicio de crédito agropecuario con Agricapital para productores y agronegocios.

#ElCampoEsPotente porque tiene opciones para la formación profesional.

¿Has pensado que debes migrar para ser un profesional exitoso?

En el Suroeste se gesta uno de los proyectos más emocionantes de Antioquia, donde se concilian la productividad y la regeneración.

Un espacio para:

- La agroindustria sostenible
- La agroecología
- La ganadería regenerativa
- El turismo cultural y natural
- La investigación aplicada
- La asistencia técnica
- La participación comunitaria

Servicios e infraestructuras comprometidos con el desarrollo regional se conjugan con un imponente paisaje en el corazón del río Cartama.

AGROPARQUE
BIOSUROESTE

una alianza público privada
comprometida con el desarrollo
regional regenerativo.